

- EL MUNDO QUE SONAMOS -

Varios días más tarde del desastre, sigo aquí.

La radio está tirada a mi lado después de miles de intentos por escuchar una mínima respiración, un mínimo consuelo...

Del agolvió que cogí, acabé con los dedos destrozados por las antenas oxidadas del antiguo aparato que ahora yace en el suelo, recordándome lo miserable que es estar en mi situación actual.

Al segundo mes de dedicarme a deshacerme en mis lágrimas y habas, un pensamiento vino a mí, y no era de lo más complejo: mi madre y yo días antes del incidente, hablando sobre un antepasado mío, creo que mi tío abuelo o algo así, el mismo que sobrevivió a la segunda guerra mundial, sirviendo en la división azul e inclusive volviendo a casa con un tiro en la pierna. Hablábamos de lo fuerte que era hasta que empezamos a replantearnos que haríamos nosotras de estar en esa situación.

Desde luego creo que ese instinto de supervivencia, el cual antes parecía no existir, resurgió de la mano de ese pensamiento o recuerdo. Bueno. Quizá pudo ser que de tantos días comiendo restos de carne cruda mal descongelada me sentaría un poco

mal y no pude evitar levantarme intranquila en búsqueda de un baño.

A la mañana siguiente ya tenía todo preparado: una mochila con comida, una linterna, una montañita, etc. lo más importante y lo que me mantenía centrada era una frase del primo de mi padre:

"Cuando algo se deshace, tenemos la oportunidad de hacerlo más grande"

Después de tantos días sin ver la luz del sol, cuando por fin un rayo se abrió entre los restos del cielo, me dolió la vista como si me atravesara un cuchillo de claridad. Era la prueba de que llevaba demasiado tiempo escondida, demasiado tiempo respirando en aire quieto:

al tercer mes algo cambió dentro de mí: un día silencioso, una idea que latía con fuerza. Pensé: ¿Y si esta ciudad rota quiere otra oportunidad... y yo también?

Al quinto mes ya tenía recursos suficientes y hasta algunos animales empezaron a acompañarme como si supieran que la reconstrucción acababa de empezar. La naturaleza, ahora sin miedo, avanzaba como un ejército silencioso.

Cubrir los edificios con musgo limpio y brillante, capaz de filtrar el aire, refrescar las paredes y devolver el oxígeno.

Calles hechas de distintos tipos de césped, suaves

y silenciosas. Coches movidos por la energía que los árboles liberaban al crecer. Y animales comiendo libres sin miedo.

El zoco era un pasillo enorme hecho de telas ondulantes y madera aromática. Las estanterías rebosaban especias tan intensas que el aire parecía volverse mágico; colores rojos cálidos, verdes frescos, dorados dulces... Cada paso sobre los alfombras levantaba pequeñas nubes de olores como: cereza, miel, menta, café, y un toque de mentana dulce que se quedaba pegado al aire. Las infusiones colgaban en frascos suspendidos en el aire, que gotechan perfumes, formando un murmullo aromático que te seguía como una sombra. Era un lugar que vibraba, respiraba y casi susurraba historias en cada rincón.

Dejé que las plantas treporan libres por las casas, como si cada pared fuera un mapa que ellas entendían mejor que yo. Coloqué canales de agua recogida de la lluvia que corrían por la calle como venas doradas, limpiando el polvo y trayendo vida a cada esquina. Inventé pequeñas luces hechas con bacterias luminosas que brillaban dentro de botellas de cristal, iluminando las noches sin gastar nada. Y en los techos instalé jardines que atrapaban el calor del sol y lo devolvían al ambiente como un abrazo cálido.

Pero justo cuando todo parecía perfecto, abrí los ojos. La radio me dio ro a seguía ahí, y yo seguía ahí, tumbada, el único que respondía era el silencio. Entendí que nada de aquello había pasado. Solo había sido un sueño desesperado

"A veces el mundo que soñamos es mejor que el terreno al abrir los ojos".

Victoria López Tennen